

**EL BINOMIO Dr. JUAN TOMÁS ROIG – ING. JULIÁN ACUÑA, PILAR  
BÁSICO DEL DESARROLLO DE LA ESTACIÓN EXPERIMENTAL  
AGRONÓMICA DE SANTIAGO DE LAS VEGAS**

**RAFAEL MARTÍNEZ VIERA**

**Instituto de Investigaciones Fundamentales en Agricultura Tropical (INIFAT)**  
***rmartinez@inifat.co.cu***

**RESUMEN**

El año 1920 marcó el inicio de una amistad que solo habría de romper la muerte: dos hombres de la misma talla intelectual y moral, dos hombres provenientes de la más pura entraña popular, uno de recia formación obrera y el otro campesino pobre, que siempre habrían de permanecer en medio de su pueblo, se encuentran por primera vez en aquel año. En la actuación de Roig y Acuña a lo largo de su vida se puso de manifiesto su total integración a la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas, donde comenzaron su formación como científicos y donde terminaron sus vidas después de muchas décadas de trabajo incansable, participando como figuras principales en todas las vicisitudes de aquella institución que tantas glorias conquistó a pesar de la falta de apoyo oficial. Fueron más de 50 años de íntima y fructífera unión que habrían de dejar su huella en ambas personalidades. Están muy vivos aún los recuerdos de las grandes lecciones del comportamiento de Roig y Acuña ante la vida, y la lección todavía mayor que fue su provechosa existencia. Fue de esta manera que el Dr. Juan Tomás Roig y Mesa y el Ing. Julián Acuña Galé, constituyendo una unidad indisoluble de trabajo y colaborando estrechamente con otras figuras científicas, representaron el pilar básico en que se asentó el desarrollo y el prestigio alcanzado por la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas. En el presente trabajo se relacionan las actividades principales que los dos sabios realizaron conjuntamente y que fueron fundamentales para lograr el prestigio nacional e internacional que alcanzó la Institución

**RESUMEN AMPLIADO**

El año 1920 marcó el inicio de una amistad que solo habría de romper la muerte: dos hombres de la misma talla intelectual y moral, dos hombres provenientes de la más pura entraña popular, uno de recia formación obrera y el otro campesino pobre, que siempre habrían de permanecer en medio de su pueblo, se encuentran por primera vez en aquel año. Un hombre de 43 años, considerado por todos como Maestro, Juan Tomás Roig, y un joven de 20 años, nacido con el siglo, que habría de ser

conceptuado también como Maestro pero que siempre se consideró como discípulo de aquel, no queriendo que lo situaran nunca en el mismo nivel, sino siempre por debajo. Se trataba de Julián Acuña Galé, destinado ya a convertirse en una de las mayores glorias científicas de Cuba.

En la actuación de Roig y Acuña a lo largo de su vida se puso de manifiesto su total integración a la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas, donde comenzaron su formación como científicos y donde terminaron sus vidas después de muchas décadas de trabajo incansable, participando como figuras principales en todas las vicisitudes de aquella institución que tantas glorias conquistó a pesar de la falta de apoyo oficial.

Roig era de recia extracción obrera, y alcanzó las cumbres de la Ciencia a partir de ser un humilde aprendiz de tabaquero que trabajaba casi desnudo por las noches para tener a punto las hojas de tabaco que necesitaban los obreros cuando se incorporaban a sus mesas de trabajo por las mañanas. Acuña alcanzó esas mismas cumbres partiendo de ser un niño campesino casi analfabeto que adquirió su amor por el trabajo científico al lado de otro campesino analfabeto que le enseñaba los secretos de la Naturaleza.

Desde el principio de la relación se estableció una estrecha identificación entre los dos hombres. Sus características personales eran muy similares, y los objetivos por los cuales encaminaban sus vidas también lo eran, todo lo cual ayudaba a esta identificación. Lejos de las bajas envidias y enemistades que caracterizan solamente a los espíritus mediocres y que solo sirven para estorbar el trabajo científico, la colaboración entre los que consideramos las figuras más importantes de las ciencias cubanas del siglo XX constituye un ejemplo de modestia y entendimiento mutuo que los llevó a realizar una obra fecunda.

Fueron más de 50 años de íntima y fructífera unión que habrían de dejar su huella en ambas personalidades. Están muy vivos aún los recuerdos de las grandes lecciones del comportamiento de Roig y Acuña ante la vida, y la lección todavía mayor que fue su provechosa existencia. Por eso, es necesario recoger estos recuerdos, registrarlos y preservarlos con el mayor cuidado para que sean del conocimiento de las nuevas generaciones.

Los dos sabios fueron, por encima de todo, Maestros. Cuando la Universidad burguesa les cerró las puertas, ambos establecieron sus cátedras en la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas y en la Escuela Forestal “Conde de Pozos Dulces”. Allí se complacían en orientar y ofrecían sus conocimientos sobre un determinado tema a quien iba a consultarlos. Nunca escondían un dato o un consejo a quien lo necesitara.

Juntos realizaron el trascendente trabajo científico que permitió el desarrollo del Herbario de la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas. En octubre de 1955 alcanzó el Herbario 20 000 números de plantas cubanas y ellos consideraban que faltaban aún unas 3000 especies nativas que no estaban representadas, por lo cual continuaban sus esfuerzos para enriquecerlo. Igualmente, se estimuló el intercambio con instituciones botánicas extranjeras y ya en 1951 se habían recibido unos 5000 ejemplares botánicos de distintos países que fueron inmediatamente colocados en el Herbario. Hoy se conservan más de 100 000 ejemplares de plantas cubanas y extranjeras, y está bajo la custodia del Instituto de Ecología y Sistemática del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente.

Durante sus numerosos recorridos por todo el país, ambos sabios descubrieron más de 50 especies de plantas nuevas para la Ciencia, la mayoría de las cuales fueron estudiadas en conjunto. Al bautizar a estas especies, los dos quisieron rendir homenaje, poniéndoles su nombre, a muchos de los hombres que más trabajaron por el conocimiento de la Flora de Cuba. Al mismo tiempo, recibieron el reconocimiento de eminentes botánicos, que bautizaron con sus nombres numerosas especies recién descritas.

En 1936 se presentó la nueva especie *Hormidium hioramii* Acuña y Roig en las Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural. El año 1945 redactaron el capítulo sobre recursos vegetales de Cuba, con el título “Plant Resources of Cuba”, para el volumen XVI de la obra “Plant and Plant Science in Latin American”. Ambos sabios publican nuevos reportes de especies en los trabajos “*Lauraceas* de Cuba. Caracteres generales de la Familia”, en la Revista de la Sociedad Cubana de Botánica en 1949, “*Dos Castela* nuevas para Cuba”, que apareció en 1950 en la Revista de la Sociedad Cubana de Botánica, “*Malpighiaceae Cubense Novae*” en la Revista de la Sociedad Cubana de Botánica, en 1953, “*Ericaceae cubanae novae*”, que apareció en el Nº 15 de “Contribuciones ocasionales del Museo de Historia Natural del Colegio La Salle”, 1957, y “*Psychotriae cubenses novae*” publicada en “*Brittonia*” en 1962

Juntos estudiaron las *Flacurciaceas* cubanas, importantes porque contienen aceites análogos a los de la chalmougra, único específico conocido en aquella época contra la lepra, obteniéndose varios aceites que fueron utilizados con éxito en el Leprosorio del Rincón. Los resultados fueron publicados en 1946 en la Revista Cubana de Leprología, Dermatología y Sifilografía. Juntos investigan el contenido y la calidad de los alcaloides de algunas plantas cubanas que se presumía tenían propiedades hipotensoras y tranquilizadoras. Los resultados de estos estudios se publicaron con el título de “Apocináceas hipotensoras de Cuba” en el Boletín N° 5 del ICIT en 1958. La participación conjunta en la publicación de los cinco tomos de “La Flora de Cuba” fue fundamental y es reconocida por los Hermanos León y Alaín, quienes agradecen el trabajo de los dos sabios en esta obra trascendental para el país.

Pero ni Roig ni Acuña pueden ser considerados solo como botánicos. Así, el Dr. Juan Tomás Roig, siendo un hombre de acción apasionado por la Naturaleza, curvado sobre sus libros y sus canteros, desprovisto de apoyo y de recursos, fue construyendo una obra gigantesca que tuvo reconocimiento universal. Como era un científico dotado de un extraordinario espíritu práctico, ningún trabajo suyo se limitó al éxito inicial, que muchas veces satisface a un investigador, como sería localizar una nueva planta, estudiarla, clasificarla, publicar el descubrimiento y, con ello, dar por terminada su labor. Como verdadero naturalista que era, con un espíritu profundamente revolucionario, condicionaba el trabajo a su aplicación práctica en beneficio del país. De esta manera recuperó la auténtica variedad *havanensis* de tabaco, uno de los resultados de mayor valor económico para Cuba, y realizó un trabajo gigantesco para poner a disposición de la población los beneficios de las plantas medicinales.

De la misma manera, Acuña se convirtió en el hombre más completo que han tenido las Ciencias Agrícolas en Cuba, en las que introdujo la nueva visión de una Botánica Económica donde se aplicaban las interrelaciones entre los procesos productivos y los contextos ecológico, socioeconómico y cultural que son propios de las regiones donde se establecen cada uno de estos procesos.

Dirigió el colectivo que integró la Comisión de Arroz para tratar de poner remedio a los graves daños que estaba causando la enfermedad “hoja blanca” o “raya blanca” y que se había extendido por muchos países de América. Ya a los tres meses de comenzado el trabajo se obtuvo un resultado que causó fuerte impacto en el mundo: se confirmó la naturaleza viral de la enfermedad “raya blanca” y se descubrió el

insecto vector, que resultó ser el salta-hojas *Sogata orizicola* Muir, muy abundante en los arrozales cubanos. La importancia de esos resultados para el futuro arrocero del país fue trascendental. Realizó también un trabajo gigantesco al frente de la Comisión de Fibras durante quince años de investigaciones.

Para lograr todo esto tenía que recorrer el país una y otra vez. De cada recorrido regresaba cargado de ejemplares botánicos, pero también de ideas encaminadas a mejorar la situación de los cultivos que había visitado. Su participación en numerosas comisiones le permitía exponer estas ideas, estrechamente relacionadas con la realidad agrícola de Cuba, pero pocas veces se ponían en práctica sus recomendaciones.

Fue de esta manera que el Dr. Juan Tomás Roig y Mesa y el Ing. Julián Acuña Galé, constituyendo una unidad indisoluble de trabajo y colaborando estrechamente con otras figuras científicas, representaron el pilar básico en que se asentó el desarrollo y el prestigio alcanzado por la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas.

Fueron más de 50 años de íntima y fructífera unión que habrían de dejar su huella en ambas personalidades. Están muy vivos aún los recuerdos de las grandes lecciones del comportamiento de Roig y Acuña ante la vida, y la lección todavía mayor que fue su provechosa existencia. Por eso, es necesario recoger estos recuerdos, registrarlos y preservarlos con el mayor cuidado para que sean del conocimiento de las nuevas generaciones.

Los dos sabios fueron, por encima de todo, Maestros. Cuando la Universidad burguesa les cerró las puertas, ambos establecieron sus cátedras en la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas y en la Escuela Forestal "Conde de Pozos Dulces". Allí se complacían en orientar y ofrecían sus conocimientos sobre un determinado tema a quien iba a consultarlos. Nunca escondían un dato o un consejo a quien lo necesitara.

Juntos realizaron el trascendente trabajo científico que permitió el desarrollo del Herbario de la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas. En octubre de 1955 alcanzó el Herbario 20 000 números de plantas cubanas y ellos consideraban que faltaban aún unas 3000 especies nativas que no estaban representadas, por lo cual continuaban sus esfuerzos para enriquecerlo. Igualmente,

se estimuló el intercambio con instituciones botánicas extranjeras y ya en 1951 se habían recibido unos 5000 ejemplares botánicos de distintos países que fueron inmediatamente colocados en el Herbario. Hoy se conservan más de 100 000 ejemplares de plantas cubanas y extranjeras, y está bajo la custodia del Instituto de Ecología y Sistemática del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente.

Durante sus numerosos recorridos por todo el país, ambos sabios descubrieron más de 50 especies de plantas nuevas para la Ciencia, la mayoría de las cuales fueron estudiadas en conjunto. Al bautizar a estas especies, los dos quisieron rendir homenaje, poniéndoles su nombre, a muchos de los hombres que más trabajaron por el conocimiento de la Flora de Cuba. Al mismo tiempo, recibieron el reconocimiento de eminentes botánicos, que bautizaron con sus nombres numerosas especies recién descritas.

En 1936 se presentó la nueva especie *Hormidium hioramii* Acuña y Roig en las Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural. El año 1945 redactaron el capítulo sobre recursos vegetales de Cuba, con el título "Plant Resources of Cuba", para el volumen XVI de la obra "Plant and Plant Science in Latin American". Ambos sabios publican nuevos reportes de especies en los trabajos "*Lauraceas* de Cuba. Caracteres generales de la Familia", en la Revista de la Sociedad Cubana de Botánica en 1949, "Dos *Castela* nuevas para Cuba", que apareció en 1950 en la Revista de la Sociedad Cubana de Botánica, "*Malpighiaceae Cubense Novae*" en la Revista de la Sociedad Cubana de Botánica, en 1953, "*Ericaceae cubanae novae*", que apareció en el N° 15 de "Contribuciones ocasionales del Museo de Historia Natural del Colegio La Salle", 1957, y "*Psychotriae cubenses novae*" publicada en "Brittonia" en 1962

Juntos estudiaron las *Flacurciaceas* cubanas, importantes porque contienen aceites análogos a los de la chalmougra, único específico conocido en aquella época contra la lepra, obteniéndose varios aceites que fueron utilizados con éxito en el Leprosorio del Rincón. Los resultados fueron publicados en 1946 en la Revista Cubana de Leprología, Dermatología y Sifilografía. Juntos investigan el contenido y la calidad de los alcaloides de algunas plantas cubanas que se presumía tenían propiedades hipotensoras y tranquilizadoras. Los resultados de estos estudios se publicaron con el título de "Apocináceas hipotensoras de Cuba" en el Boletín N° 5 del ICIT en 1958. La participación conjunta en la publicación de los cinco tomos de "La Flora de Cuba" fue fundamental y es reconocida por los Hermanos León y Alaín, quienes agradecen el trabajo de los dos sabios en esta obra trascendental para el país.